

EL AMANTE ABANDONADO

Roger Bernat, 24 de Junio del 2007

Mi novia me había dejado y estuve meses pensando que volvería. A medida que pasaban la semanas, la idea se hacía más presente. Me comportaba como una parturienta que prepara la casa para el bebé que está a punto de llegar, pero en lugar de limpiar, ventilar y ordenar la casa, limpiaba, ventilaba y ordenaba mi cabeza tras años de convivencia. ¿Por qué había decidido irse? ¿Qué era lo que yo había hecho mal? Iba detectando mis pecados y acto seguido le escribía un correo para contárselo. Estaba preparando mi alma como quien prepara una cuna. Pero a diferencia de la mujer embarazada yo esperaba el regreso de mi antigua novia.

Hubieron algunos amagos de regreso. Quedábamos para hablar y nos alargábamos hasta la mañana. Tras haber unido nuestros cuerpos bajo los fuegos artificiales del reencuentro, mi ilusión se desvanecía porque ella volvía a anunciar que necesitaba unos meses para pensar. Mi recién depurada alma, limpia y ordenada, asentía sin rechistar.

Cuanto más meses transcurrían, más idílico era mi recuerdo de la relación. Las razones que nos habían llevado a romper se iban desvaneciendo y, en cambio, afloraban como salvavidas tras el naufragio los momentos bonitos que, a la luz del desamor, se convertían en aquello que nunca más podría volver a vivir con otra persona. Momentos cotidianos eran ensalzados a la categoría de aventuras inolvidables y lo insoportable era liquidado.

En ese delirio revisionista incluso tecleé en el Google el nombre de una novia del colegio seguro de que todavía nos quedaba algo que lidiar. Silvia Camprubí y sus socios habían vendido un bar llamado La Taberna del Lobo. No salía más información. Cuando iba al barrio de Gràcia abría bien los ojos seguro de que aparecería en cualquier momento. Así fue, a la vuelta de la esquina me encontré con mi gran amor de adolescencia. No osé interrumpir su conversación con el hombre de chandal verde y fucsia que la acompañaba.

Las novias nunca vuelven y uno puede estar una vida buscando aquello que perdió una tarde de verano. No se puede retomar aquello que nunca existió. Nuestra imaginación reconstruye el pasado en función de un ideal. Quizás sería hora de reconstruir el pasado sin fantasías y acercarnos a la realidad sin necesidad de adecuarla a unos modelos que ya entraron en crisis. Con el tiempo el número de variables que integrar en un mismo problema se multiplica. Los modelos se hacen más complejos. Simplificarlos echando mano del libro de texto de segundo curso no ayuda mucho.

Todo esto viene a cuento de las proclamas de Sarkozy reivindicando la sana tradición Gaullista y dando por enterrada la posterior revolución sesentayochista. Viene a cuento de Jean Clair y la nueva crítica francesa que quisieran recuperar una crítica artística sujeta al discurso del gusto, melancólicos de un individualismo liberal que nunca existió y dejando de lado la crítica estética forjada en el siglo XX. Viene a cuento, en fin, de esa corriente revisionista que, ahupada por películas como *Amélie*, construye modelos de acción sujetos a una realidad imaginada en la que la buena voluntad sustituye a la política.

Vivimos en la época del Amante Abandonado. Quizás deberíamos pensar que se trata de un síndrome. Tenemos el corazón roto por la realidad y nos refugiamos en los recuerdos de un pasado idílico que nunca existió. El pasado es un paraíso ante los

ojos del desamor. Cuando no sabemos cómo enfrentarnos a los retos del presente echamos mano de la agenda de recuerdos. Es mejor no tenerlos.